

# **Santa Catalina de Siena**

**1347-1380**

He ido varias veces a Siena desde que era joven estudiante en Roma. La última vez fue en este año pasado de 2011 en la primavera con mi interés muy aumentado por varias razones. Fui invitado por una persona que acababa de pagar la hipoteca de su piso y, para celebrarlo, me invitó a mí y a otros dos amigos a visitar los lugares dominicanos del norte de Italia, a saber, Bolonia, Florencia y Siena.

Un domingo, salimos de Florencia, guiados por el GPS, con ganas de encontrar pronto la autopista para Siena ya que queríamos llegar a la última misa, antes del mediodía. Lo conseguimos. Siena dista unos sesenta kilómetros de Florencia y se accede por una autovía secundaria bastante pobre, descuidada y mal trazada. El paisaje es el mismo que habíamos visto hasta ahora, verde y monótono, siempre los mismos bosques, los mismos árboles, la misma falta de horizontes. Hacía un día espléndido de sol pese a los augurios de lluvia de internet y del hombre del tiempo.

Siena, para el que no la haya visto nunca, es una bellísima joya. Una ciudad pequeña, donde puedes recorrer perfectamente a pie todo lo que se puede visitar que no es poco. De momento decidimos ir a Santo Domingo porque pronto llegarían las 12 y a esa hora decían la última misa. Al menos ese era el informe de internet. Vimos, desde lejos, que iba gente a Misa. Nosotros despistados, entramos en la gran basílica pero la gente que habíamos visto no la encontrábamos por ninguna parte. Al fin preguntamos y nos dijeron que era en la Cripta. Buscamos y, en efecto, allí estaba a punto de comenzar una eucaristía, mientras en Roma, ese mismo día, estaban beatificando a Juan Pablo II. Terminada la misa subimos a la basílica y disfrutamos de su arquitectura grandiosa y sencilla a la vez en

nada parecido a lo que veríamos por la tarde, a saber, una catedral marmórea y a otros edificios revestidos del mismo mármol, impresionantes y bellos, pero hechos más para la distracción que para la interiorización.

### Interior de Santo Domingo



Cuando Catalina tenía seis años miraba con frecuencia desde su casa a la gran mole de Santo Domingo y siempre sentía sin saber por qué una gran emoción. Su casa estaba en bajo y se necesitaba escalar una gran pendiente hasta el templo. Toda la parte norte de Siena es como una montaña en anfiteatro unida a la parte sur por un collado central. No se ven las dos Sienas. La casa de Catalina y Santo Domingo están en la parte norte. Un día, al venir del otro costado de la ciudad donde había ido con un hermano a un recado, al pasar el collado y avistar la parte norte vio encima de la Iglesia de Santo Domingo como un grupo escultórico de brillantes figuras cuyo centro lo ocupaba Jesucristo, vestido como el Papa y alrededor San Pedro, San Pablo y San Juan. Quedó la pequeña tan ensimismada que su hermano Esteban que la acompañaba hubo de forzarla para que reemprendiera el camino. Tenía seis años y había visto en esos personajes el corazón de la Iglesia. Nunca se le borró del alma esta imagen vista a los seis años.

Las cosas en casa comenzaron a complicársele a la niña porque su interior le pedía retiro y oración. Entretanto se enteró que los frailes blanquinegros de la gran iglesia de arriba se llamaban dominicos y habían sido fundados por un tal Domingo con el fin de predicar para la salvación de las almas. Domingo había vivido ciento cincuenta años antes que ella. Rápido se encendió en Catalina un ardor incontenible de hacerse dominica y se puso a soñar en vestirse de blanco y negro y marcharse lejos a convertir infieles. Dice su biógrafo, Raimundo de Capua: “En la escuela del Espíritu Santo comenzó a comprender que era necesario reservar para el Creador toda la pureza de cuerpo y de alma; por ello no anhelaba otra cosa que conservar la pureza virginal. A sus siete años, observa su biógrafo estaba tan capacitada como una mujer de setenta años para pensar incluso en el voto de virginidad”.

Cuando el Espíritu Santo no le decía nada ponía con garbo toda su cultura religiosa en orden a adquirir la santidad. Empezó a mortificarse en la comida y en la bebida privándose de la carne y del vino y disciplinándose cuando nadie la veía. Esto le duró hasta los doce años sintiéndose feliz con sus maceraciones que ofrecía a Dios para que creciera su amor y entrega por él.

No le eran fáciles a Catalina ciertas cosas. Aunque la casa de Jacobo y Lapa era grande, Catalina ocupaba el número veinticuatro de los hermanos. Nació en 1347 y era gemela de otra niña llamada Nanna que murió pronto. Al año siguiente nació otra Nanna que fue la última de los hijos de Lapa. Jacobo era tintorero y tenía obreros a su cargo. No le faltó trabajo nunca y pudo ir sacando adelante con gran sacrificio a todos sus hijos. Muchos de los hermanos murieron de niños.

Cuando sólo tenía doce años, su madre Lapa comenzó sus labores de casamentera buscando a alguien para su hija Catalina. Lapa era una mujer de carácter y sus hijos no le habían disminuido el remango y decisión necesarios para dirigir la prole. De su natural, Catalina no era ni guapa ni fea, pero tenía que arreglarse. Tenía un semblante fino y los ojos negros, grandes y luminosos. Entre la madre y la hermana mayor Buenaventura la convencieron y pasó un tiempo vistiéndose y viviendo en

la frivolidad. Cuando se dio cuenta de estos años perdidos fue terrible para ella. Veinte años más tarde, cuenta su confesor, todavía se acusaba de este pecado como de un gran crimen. Como su confesor le recriminara, exclamaba en oración: ¡Oh, Señor mío qué padre espiritual me encuentro, que excusa mis pecados!.....

Un día apareció en casa con el pelo cortado y desafió a su familia con la intención de servir a Dios en



penitencia. Fue terrible la que le cayó encima con burlas y desprecios de su propia familia pero el Señor le iba dando, cada vez más en lo hondo, un refugio



donde encontrar la paz y guarecerse, era su celda interior. “Por inspiración del Espíritu Santo se construye en su alma una celda secreta de la cual se impone no salir nunca al mundo por cualquier motivo”, dice su confesor Fray Raimundo. De ahí saca una sabiduría feliz y logra perfeccionar su aceptación y su obediencia.

## Dominica Mantelata

Mantelata es un nombre genérico que se aplicaba a las terciarias de las diversas Órdenes. Una noche Catalina tuvo un sueño: vio reunidos en asamblea a muchos padres y fundadores de Órdenes religiosas y entre éstos a Domingo de Guzmán. Todos la invitaban a entrar en su Orden pero Santo Domingo se adelantó llevando en su brazo el hábito de las Mantellate dominicas o Hermanas de la Penitencia y le dice: “Dulcísima hija, ten ánimo, no temas ningún impedimento porque, como deseas, vestirás pronto este hábito”. Las hermanas de la Penitencia no tienen la obligación de vivir en común pero visten el hábito blanco y negro y participan del espíritu dominicano cada una en su casa. En la espera, Catalina intensifica su preparación penitencial y se somete a unas prácticas que si no estuvieran bien documentadas nos parecerían irreales y patológicas. Duerme solo una hora en una tarima de tabla fabricada por ella misma, deja todo lo cocido excepto el pan, se alimenta de verduras

silvestres; un poquito de vino muy aguado. Vestirá toda de lana siempre y sustituirá los cilicios por amor a la limpieza aun externa que le agrada mucho, por una cadena de hierro. Se la ajustará al cuerpo y tan estrechamente que tendrá casi roja la piel. Y después las largas disciplinas, a veces de hasta hora y media.



Estos datos nos los proporciona su íntimo biógrafo y amigo Fray Raimundo de Capua. Él mismo se da cuenta de que hay algo de monstruosidad en todo esto y advierte al lector que no juzgue, que no quiera comprenderlo con su inteligencia. Nos amonesta que no nos equivoquemos de perspectiva, que nos pongamos a nivel del don ya que con nuestra razón no vamos a entender nada. Dice que ni Catalina ni nadie es capaz por sí misma de hacer esto. Todo se debe a la plenitud del Espíritu. Al Señor, dado la época en que vivió Catalina le parecía bien así. Catalina es total. Su entrega es íntegra, no se reserva nada para sí misma.

La obra de Dios en Catalina es gratuidad total. Pero la encarnación de Cristo en sus santos sucede según las diversas épocas y culturas. Catalina asimiló desde niña las más negras corrientes penitenciales de su época. El siglo XIV fue un siglo decadente, en nada parecido al XIII, muy marcado por las grandes pestes de la época. En el tiempo de la niñez de Catalina estaba la peste negra en su momento más álgido. Esta peste llegó a Europa un año después de nacer Catalina. Hizo desaparecer un tercio de los habitantes de Europa, cundiendo un desanimo absoluto sobre los supervivientes. En ese contexto nació el movimiento de los flagelantes, que recorrían pueblos y ciudades flagelándose. Pensaban que, recreando la pasión de Cristo en sus cuerpos mediante la penitencia, lograrían salvarse de la peste negra, a la cual consideraban un castigo mandado por Dios. Un santo en aquella época o se flagelaba en serio o estaba fuera de contexto.

Su madre Lapa, no entendía demasiado de contextos, rota de dolor ante la conducta de su hija decía gritando: “¿Quién me ha robado a mi hija? Te veo ya muerta, hija mía, te estás matando. ¿Quién manda tantas desgracias a mi hija? Y, según el biógrafo, Lapa añadía lamentos y se volvía como loca, se arañaba y a gritos se arrancaba el pelo como si viera a su hija ya muerta”. Las vecinas andaban desconcertadas y cada día acudían a ver qué nueva desgracia les contaba la vieja Lapa.

El único cabal en aquella casa era el padre de Catalina, Jacobo. Un día, Dios le inspiró las palabras definitivas. Le dice a Catalina delante de la familia: “Dios nos libre, hija mía, de contradecir en esta casa a la Divina Providencia. Hasta ahora no nos dábamos cuenta. De ahora en adelante te dejaremos en paz en tus santas obras y no impediremos más tus santos ejercicios... ruega mucho por nosotros”. Vuelto a su mujer e hijos dijo: “Que nadie se atreva a ponerle impedimentos. Dejad que sirva a su Esposo como a ella le agrada y que ruegue incesantemente por nosotros”.

Las palabras de Jacobo, hombre santo, infundieron el respeto en la familia. Catalina pudo actuar libremente y, lo que es más importante, se le abría el camino para entrar en Santo Domingo, como decían en Siena. Comenzó las gestiones y pronto llegó el primer contratiempo. Una enfermedad rara le llenó el cuerpo de granos, pústulas y fiebres. Al principio recibió la enfermedad con agradecimiento pero ante el deseo de recibir el hábito se puso a pedir su curación que pronto se realizó. Todas las Mantelatas de Siena eran bastante mayores; no pegaba una chica de dieciséis años entre ellas. Al principio hubo muchas que se opusieron, dada la edad de Catalina. Al final fue su madre Lapa la que lo gestionó todo. ¡Qué contradicción! En la vida de Catalina todo era extraordinario..

Su toma de hábito fue muy especial, al parecer con asistencia de muchos frailes y de muchas mantelatas de las que había



bastantes en Siena. Su entrada en la Orden no implicaba votos públicos de castidad, pobreza y obediencia, pero ella los hizo en su corazón. Su alma emprendió un más alto vuelo hacia su amado. Esto le introdujo cada vez más adentro en su celda interior. Pronto iba a salir de su gran soledad para enfrentarse con los grandes problemas y contiendas de los hombres.

## **La que no eres**

Catalina fue una elegida desde niña. El Espíritu Santo la amó, ella lo sintió y trato de responderle con todas sus fuerzas, con una entrega total. Lo hizo como ella sabía y como le decía su tiempo: entregándose a una ascética rigurosísima. Quería morir a sí misma, que es el principio de toda santidad. Ahora bien, estas muertes ascéticas programadas por ella, a pesar de toda la buena intención, en vez de muerte muchas veces ensalzan el propio yo. Y Catalina empezó a dudar.

De repente le viene otro tipo de ascesis o purificación del sentido ya no escogidos por ella. Unas tentaciones horribles contra la castidad. Su celda interior se le llena de demonios según su lenguaje y comienza una lucha sin cuartel que dura mucho tiempo. La niña se lo achaca todo al demonio pero para eso bastan las propias hormonas, sobre todo en un ser que ha reprimido tan duramente su carne. Todo se desarrolla dentro del cuartucho que ocupaba en su casa de Fontebranda que así se llamaba el lugar donde habitaba con sus padres. Estas tentaciones, dice Raimundo de Capua, no solo eran fantasmas de la imaginación o del sueño sino escenas vivísimas que le penetraban por los ojos y por los oídos y la hacían desfallecer. A veces las tentaciones carnales se alternaban con otras pesadillas llenas de horrores de todo tipo.

Asaltada así, se levanta contra sí misma contra su carne y redobla sus penitencias. Aprieta más a su costado la cadena de hierro, duerme media hora cada dos días, se priva de la comida casi totalmente. Lo único que consigue con ello es que aumenten las tentaciones y se hagan más vivas y lacerantes. Se ve perdida y a punto de desfallecer. “Con la fe se vencen las tentaciones”, se dice a sí misma. Ha llegado al punto cero de su vida carnal; no puede más. Se entrega y dice: “Señor, confío en ti sólo en

ti, yo no puedo más". Se le aparece Jesús y Catalina se queja: "¿Dónde estabas, Esposo de mi corazón, cuando era tan duramente tentada?" "Estaba dentro de tu corazón ayudándote a vencer", le contesta Jesús sonriendo. Jesús añade: "Hija mía, entérate bien de que *tú eres la que no eres y yo soy el que soy*."

Esta maravillosa respuesta de sabiduría le entró en lo profundo de su ser. Se dio cuenta de que tenía que salir de sí misma, que ella no era, que nunca sería capaz de vencer en nada ni librarse del pecado desde sí misma. Todo cobraba un sentido nuevo. Con esto Catalina se hace dominica de verdad. Se da cuenta de la acción previa de Dios, de que Dios la ha amado sin ningún merito de su parte. Catalina, con su lenguaje, considera que el Ser ha suscitado a la creatura de la nada movido sólo por el Amor, Amor eterno que ha previsto y preordinado desde siempre a la creatura y la quiere inmortal y esplendorosa con Sí y en Si...



Estaba más que contenta. Le parecía que tan unida a Dios ya nada malo le podría pasar. Le faltaba lo peor. Digamos la purificación del espíritu en pura fe. Y llegó también de

repente. Iba a vivir poco y Dios tenía prisa. Sin saber cómo, se sintió sola y abandonada de Dios. Esto no estaba en el programa. El amor se ve privado del Amor. Siente resfriarse la presencia divina, ya no hay más visitas espirituales, se siente mal, se culpa a sí misma, duda de todo el pasado y del sentido de su vida, todo ha sido mentira, el demonio me ha engañado. Nadie puede imaginar hasta qué punto pueden ser estos sentimientos lacerantes sobre todo a uno que se ha entregado del todo. Simplemente horror. Poco a poco le fue brotando una lucecita: la fe. Sólo la fe. Para estar cerca de Dios sólo cuenta la fe. En esa fe le resuena la segunda parte: *Yo soy el que soy*. Todo lo que no sea fe, incluso nuestra experiencia de Dios, son construcciones nuestras.



Un día, en medio de la gran oscuridad, el Señor le dijo: *Yo te desposaré conmigo en fe*. Y he aquí que la celda de Fontebranda se abre de par en par a la luz y a las figuras del cielo. Aparecen la Virgen, San Juan, el apóstol Pablo y Santo Domingo. Llega después el rey David que trae consigo la cítara de sus profecías, cuyo sonido llena la estancia de ternuras. La Virgen toma la mano de Catalina y se la presenta a Jesús. El Hijo de Dios pone en el dedo de la muchacha un anillo rico de símbolos: cuatro perlas engastadas alrededor y un diamante de azul deslumbrador en el centro. Jesús le dice: ***He aquí que yo te desposo conmigo en la fe hasta que vengas al cielo a celebrar las bodas eternas.***

## Santidad eclesial

Un día a mediodía cuando los suyos iban a comer el Señor le dijo a Catalina: *únete a ellos. De ahora en adelante comparte su vida. Sábetete que los preceptos del amor son dos: Amor a mí y amor al prójimo*. Una nueva etapa ha sonado para Catalina. Le costó trabajo a Catalina volver a la familia. Todos la miraban asombrados del cambio. Los padres y hermanos



perciben el nuevo aire que toma su vida: solícita, atenta, pródiga, cariñosa, inmensamente más humana que la recóndita Catalina de la etapa anterior. Su cuñada Lisa que antes era una desconocida, ahora se ve íntimamente amada y se torna su especial amiga y confidente. Lo bueno es que al volcar sus cuidados sobre los demás no desiste de sus intimidades y coloquios con su amado. En cierta ocasión Lisa la dejó junto a la lumbre como en éxtasis. Al

volver, unas horas después, la encontró caída entre las brasas. ¿Cuánto tiempo pasaría así? No tenía ni la más leve quemadura.

Entre unas cosas y otras, Catalina había cumplido ya los 21 años. La presencia bondadosa de Jacobo y de Lapa continuaba en aquel hogar siendo lazo de unión familiar. Sin embargo, pronto atacó la enfermedad a Jacobo. Su hija Catalina lo cuidó con absoluta entrega y mimo. Al poco tiempo el Señor se lo llevó con él. Nada más morir, la familia se vio envuelta en las revueltas políticas que agitaban Siena. Algunos de sus hermanos se vieron obligados a desterrarse. En la ciudad había dos facciones y en ambas había comprometidas varias familias. Por una parte la de los Cannischi y por otra la de los Grasselli. La ciudad se transforma, no raras veces, en escenario de dramas y muertes; grupos armados se empeñan en reyertas de sangre dentro de las estrechas calles y el clamor de las blasfemias, de los gritos y de los estertores llena y turba violentamente los barrios. Los sicarios asesinan muchas noches en cualquier rincón de la ciudad rompiendo los alaridos el silencio de la vecindad.

Por impulso de lo alto Catalina se empezó a relacionar con gente de especial calidad espiritual. El Señor le daba palabras de sabiduría y salían de sus labios auténticas predicaciones sobre Jesucristo. Poco a poco se fue formando en torno a ella una “escuela espiritual”. El primer adicto a la escuela espiritual dirigida por Catalina fue su confesor, amigo de infancia en Fontebranda Fray Tomás della Fonte O.P. Luego se asociaron algunos dominicos más. Destacan dos: Caffarini y Dominici. Fray Tomás Caffarini fue instrumento valiosísimo para explicar a Catalina el sentido de las Escrituras y la Teología. Nos ha dejado un Suplemento a la Vida o Leyenda Mayor, escrita por Raimundo de Capua, de excepcional valor. Bartolomé Dominici fue un colaborador humilde y sencillo, fiel y devoto, que contribuyó al sano clima espiritual de los “Caterinatos”. Poco a poco se fueron uniendo otras gentes de variada clase y condición.

La santidad de Catalina cambió de signo. Ya no sería una humilde mantelata de íntimos y solitarios coloquios con el Señor, llena de experiencias místicas sino una mujer de Iglesia, con una proyección

religiosa, política y cultural solo imaginable para el Espíritu Santo. Su santidad ya no sería individual sino eclesial. No fue elegida para sí misma sino para los demás. De ahora en adelante vivirá en función de las necesidades de la Iglesia tal como el Espíritu le fuera mostrando.



Los caterinatos, que así se comenzaron a llamar sus discípulos, le acentuaron su condición de madre, maestra y directora de almas. Su epistolario nos cuenta a veces por donde andan sus discípulos y con qué dificultades se encuentran. Catalina por estas fechas, alrededor de 1370, tiene veintitrés años arriba o abajo.

En esta época podemos colocar una serie de experiencias místicas muy famosas como por ejemplo perder el sentido después de la comunión, beber en las llagas de Cristo y, sobre todo, el trueque del corazón con Jesús. Desde entonces Catalina decía en sus oraciones: “Señor, te doy tu corazón”. Esta etapa mística tiene mucho que ver sin duda, con la doctrina espiritual que después expuso sobre la alegoría de los tres peldaños que nos permiten subir a Cristo: el primero *al nivel de los pies de Cristo crucificado*; el segundo estadio de perfección es *el nivel de su costado para beber su sangre*, el tercero a nivel de *su boca y manos, para el beso y el abrazo definitivo del amor* (Diálogo 51 ss).

Los discípulos de Catalina continúan actualmente formando grupo. El chico que vendía los recuerdos, cuando visitamos Siena, nos hizo descuento por ser terciarios mis acompañantes y nos dijo que no era terciario porque aquí en Italia los dominicos seculares o terciarios son todos muy viejos; él era caterinato. Todavía subsiste el movimiento de discípulos que rodeaban a Catalina y que se alimentaban de ella. Ellos son los que sostienen verdaderamente el culto de Santa Catalina en Siena, ya que los frailes van y vienen y, al parecer, no tienen tiempo para coger cariño al lugar. Al menos eso nos dijeron.

Podéis imaginar que el tema de la comunidad de caterinatos le produjo a Catalina graves problemas, críticas, murmuración y hasta calumnias. Dicen que el deporte español más ejercitado es el de la envidia; pues no, que nadie se llame a engaño, es un deporte mundial y de todos los tiempos. En 1372, próxima a cumplir veinticinco años empezó contra ella y su comunidad una durísima batalla. No me voy a detener casi nada en ello porque es lo de siempre. Cuando el Señor da una gran experiencia de fe no te deja solo, te da una comunidad que esté más o menos a tu altura porque la fe en soledad nos trastornaría.

El primer tema de crítica fue la dieta con la que era imposible sobrevivir, a saber, un poco de pan y unas hierbas. Los éxtasis, muchos de ellos públicos, desataron toda clase de críticas, con lo que la fama de farsante se multiplicó. Hasta su confesor y amigo Tomás della Fonte sintió el escalofrío de errores en la dirección. Catalina, en cambio, inalterable, se permitió el lujo de pasar toda la cuaresma de 1373 sin probar bocado. Tras un tiempo de zozobra su confesor salió a favor de ella en contra de casi toda Siena.

En el segundo acto de tales críticas entraron en escena sus hermanas mantelatas e, incluso, algún fraile. Celosas, más bien que santas y bienintencionadas, difundieron muchos rumores grotescos y feos: Soberbia oculta, hipocresía vil, afectividad desordenada e inmadura, simulaciones místicas, pretensiones de abadesa gobernando a sus discípulos. En el cuidado de enfermos que por aquellos días ejercitaba, las críticas llegaron a mancillar su virginidad. Las mantelatas la sometieron a un juicio en el que Catalina respondió con toda serenidad y sencillez: *Hermanas, con la ayuda de Dios y por su gracia, os puedo asegurar que conservo intacta mi virginidad;... os lo aseguro: soy virgen.*

## **Raimundo de Capua**

No sabemos bien cómo se conocieron Raimundo y Catalina. Se dice que Catalina fue llamada a un capítulo general de los dominicos celebrado en Florencia en mayo de 1374. Es cierto que se celebró el capítulo y es

cierto que Catalina se encontraba en Florencia por esas fechas. La leyenda dice que el capítulo, dada su fama y siendo dominica, quiso interrogarla para conocer un poco mejor su espíritu. Nada, al parecer, tuvieron contra ella, mas, dada ya su fama, pusieron a su lado al P. Raimundo de Capua para que la dirigiera y en su caso la controlara. No sabemos cómo recibió Catalina tal mandato. Lo cierto es que estando una vez en misa Catalina oyó del Señor una voz inequívoca en lo profundo de sí misma que le sugería confiar su alma al P. Raimundo. El anterior confesor, cerciorado del tema, le entregó una larga relación a Fray Raimundo de los muchos años que él la dirigió.



Raimundo tenía diecisiete años más que Catalina. Había nacido en Capua y pertenecía a la noble familia delle Vigne. Había entrado muy joven en la Orden y había adquirido una notable cultura teológica y humanista. Cuando asumió la dirección de la Santa, destinado ya como lector en Siena, tenía conocimiento de los pareceres discordantes que había, incluso entre los frailes, sobre Catalina. Apenas tuvo un poco de intimidad con ella y conoció los detalles de su vida espiritual se puso totalmente a su favor. Una de las alegrías más vivas de Catalina bajo la nueva dirección fue la frecuencia de la comunión ya que Raimundo se lo permitía hacer muy frecuentemente.

Raimundo tuvo el mérito de comprender que Catalina no podía ser medida con la vara ordinaria y corriente. Una joven dotada de los grandes dones del Espíritu no puede ser vista como una beata cualquiera por muy normal que sea. Por eso, Raimundo censuró en voz alta las restricciones impuestas a una devoción muy superior a la corriente, se opuso a todas las murmuraciones y charlatanerías, (arma de las almas mezquinas que pretenden juzgar a los espíritus elegidos) que habían sido para Catalina el martirio más doloroso durante los años precedentes.

Él comprendió el hambre eucarística que se agitaba en aquella alma ardiente dándole rienda suelta para encontrarse cuando quisiera con el

Señor. La dejó libre para ir donde quisiera y para que ayunara y se mortificara a su gusto, sin dejar de amonestarla alguna vez cuando le parecía ver alguna exageración. Fue él quien le dio permiso para que fuera a Pisa viaje con el que comenzó las largas embajadas de paz y el destino nuevo de su vida. Catalina no podía vivir dentro de los estrechos límites de la mayoría de sus contemporáneos pero el Señor le regaló a un hombre amplio en todo el sentido de la palabra incluso más que ella misma. Comenzó por darle licencia para ejercer una frenética actividad de caridad con motivo de la peste negra en Siena.

Nos lo cuenta Caffarini, testigo ocular, en unos párrafos que merece la pena ser citados aunque sean un poco largos: “Arreciaba la peste en Siena (año de 1347) y Catalina se lanzó de cabeza entre los apestados y se zambulló en la muerte sin morir y asombró al pueblo donde había nacido. Primero en su propia casa donde Lapa resistía al frente de once nietecitos de los cuales murieron ocho. Catalina los sepultó con sus propias manos pues no había que pedir ayuda para los muertos cuando los vivos la necesitaban toda. Con cada uno que enterraba repetía: “A éste ya no lo pierdo para la eternidad”.

Pero Lapa, a su lado, lloraba a lágrima viva cuando su maternidad indómita primero en sus veinticinco hijos y ahora en tantos nietos se veía desprotegida de todo favor. Murieron varios de sus hijos. Esteban, que estaba en Roma, Catalina le vio morir por visión sobrenatural, y no pudo por menos dejar de exclamar: “Sabed, pobre madre, que vuestro hijo Esteban ha pasado a la otra vida”. Por lo cual Lapa rompía en lágrimas de la mañana a la noche y deploraba haber escapado a la muerte seis años antes: “Mas acaso habrá puesto Dios a mi alma atravesada en mi cuerpo para que no pueda salir? ¡Cuántos hijos e hijas, grandes y pequeños se me han muerto!...”

Catalina se movía con sus mantelatas por toda la ciudad. Pasaba la carreta cargada de cadáveres y el cochero llamaba a cada puerta: quien los tenía recientes los cargaba y el carro seguía su marcha fúnebre. En algunas calles ninguna voz respondía ya a la llamada: las casas eran ya tumbas y los sepultureros no subían a retirar a los muertos. Morían

también los sepultureros y algunos de los que pasaban caían de improviso, y allí, tendidos sobre el adoquinado, agonizaban sin que nadie les pudiera prestar atención.

Nunca, escribe Caffarini, había parecido Catalina tan admirable como entonces: siempre en medio de los apestados, les auxiliaba, les preparaba para morir, los enterraba con sus propias manos. Yo mismo presencié el celo hecho de amor con el que asistía y la maravillosa eficacia de sus palabras, que realizaron tantas conversiones. Muchos escaparon a la muerte en virtud de su extraordinario sacrificio y mientras era incansable en su obrar invitaba a las compañeras a seguir hasta el final. Gracias al deambular fuerte y amable de su blanca figura por todos los rincones de la muerte, los sienenses creyeron en ella o, mejor, dicho la conocieron de verdad”.

Pronto la providencia la envió a ejercer nuevas caridades. Escribe Juan pablo II<sup>1</sup>: *“Esta inmersión en la caridad fue como un impulso hacia más altos espacios, que se abrían a su mente y a sus iniciativas. Pasó de la caridad y conversión individual de los pecadores a la reconciliación entre personas y familias adversarias y a la pacificación entre ciudades y repúblicas. No tuvo miedo de pasar entre las facciones en armas ni la contuvo la amplitud cada vez mayor de los acontecimientos, que al principio la habían asustado hasta hacerla llorar. El impulso interior del Maestro divino despertó en ella una especie de humanidad creciente. Por lo cual, aunque era hija de artesanos y analfabeta por no haber tenido estudios ni instrucción, comprendió, sin embargo, las necesidades del mundo de su tiempo con tal inteligencia que superó con mucho los límites del lugar donde vivía, hasta el punto de extender su acción hacia toda la sociedad de los hombres; no había ya modo de detener su valentía, ni su ansia por la salvación de las almas. Ella misma cuenta que un día el Señor le “puso una cruz al cuello y un ramo de olivo en la mano”, para que los llevara a uno y otro pueblo, el cristiano y el infiel, como si Cristo la transportase a sus propias dimensiones universales de la salvación”.*

---

<sup>1</sup> Carta apostólica Amantissima Providentia, 29 de abril de 1980



Para hacerla más conforme a su misterio de redención y prepararla a su incansable apostolado, el Señor concedió a Catalina el don de las llagas, lo cual sucedió en la Iglesia de Santa Cristina, de Pisa, el 1 de abril de 1375. En la capilla de Santo Domingo de Siena, donde se guarda la cabeza de Santa Catalina, -el cuerpo está en Roma, en Santa María sopra Minerva donde murió- hay una serie de frescos, para mí fabulosos, de un tal Sodoma, del siglo XVI. Saqué una foto furtiva, que la veis aquí arriba. Digo furtiva porque está prohibidísimo. En ella Catalina está recibiendo las llagas y otras dos jóvenes mantelatas la sostienen. Estas parece que están vivas. Allí mismo hay otras figuras bellísimas.

## Salvadora de almas

Así titula Raimundo el capítulo VII de la segunda parte de su escrito<sup>2</sup> sobre la vida de nuestra santa. Admirable libro, escrito con un estilo sereno, verídico, tan sencillo que es una verdadera obra literaria. Los datos no los recogía Raimundo de testigos más o menos cercanos o enterados sino en vivo de la misma santa o por haberlos presenciado él mismo. Catalina tuvo esa suerte de tener a su lado alguien que le formuló muchos hechos de su vida y se los aclaró. Una cosa es tener Espíritu Santo como lo tenía ella y otra ponerle palabras y teología a lo que uno experimenta. Ella era analfabeta y está claro que la gracia ayuda pero no sustituye a la naturaleza. Por eso Santa Teresa siempre quería tener letrados cerca de ella.

<sup>2</sup> Beato Raimundo de Capua, *Santa Catalina de Siena*, Editorial La Hormiga de Oro, 1993, 425 pp.



Sería interminable contar los milagros que obró esta santa virgen Catalina. Conversiones, curaciones, expulsiones de demonios, comida multiplicada, profecías. Entre todo existen centenares de testimonios. Citemos alguno de los muchos que señala Raimundo para disfrutar de su fe y de su estilo directo, atractivo e ingenuo. La verdad es que sería mejor consultarlos en el propio libro.

Había en Siena un tal Andrea di Naddino, hombre riquísimo pero envuelto en los máximos vicios y blasfemias. A los cuarenta años hubo de meterse en cama afectado por una grave y repugnante enfermedad, que no le sirvió nada más que para radicalizar su impenitencia. El párroco fue a visitarlo y cada vez que lo hacía era rechazado con violencia siguiendo el réprobo aferrado a su pecado contra el Espíritu Santo de modo que caminaba derecho al infierno. Todo esto llegó a saberlo Fray Tomás, confesor de la Virgen, y se lo comunicó a ella pidiéndole que hiciera una intercesión urgente delante de Dios por tal desgraciado. Catalina se puso a orar fervorosamente. El Señor le respondió que sus blasfemias habían colmado toda medida: “Déjalo que se pierda, hija, porque es digno de la muerte eterna. A lo que la santa respondió: “Señor, si te fijas en nuestras iniquidades quien podrá escapar a la muerte eterna? ¿No has muerto tú también por él? Yo no te rezo para que se cumpla la justicia sino para pedir misericordia. Devuélveme a mi hermano que está hundido en el abismo de la obstinación”.

En el mismo instante el Señor se le apareció a Andrea que estaba agonizando y le dijo: “¿Por qué, mi muy querido, no quieres confesar las ofensas que me has hecho? Confiéshalas todas porque estoy dispuesto a perdonártelas generosamente”. Andrea se puso a gritar: “Llamad a un sacerdote. El Señor me ha hablado con cariño”. Apenas confesado, con gran dolor y arrepentimiento pasó a la otra vida.

Lo mismo le sucedió con dos malhechores detenidos por la justicia y condenados a muerte, también grandes blasfemos. Cuando les transportaban en la carreta hacia el patíbulo, Catalina misma salió a la ventana de su casa y vio cómo les maltrataban los verdugos y como blasfemaban ellos. Inmediatamente se puso a interceder y más cuando

había visto alrededor de los condenados una turba de demonios. Antes de atravesar las puertas de la ciudad, el rayo de la luz divina penetró en sus corazones y pidiendo repetidamente un confesor cambiaron las blasfemias por palabras de alabanza.



Un último caso para no alargarme. Lo cuenta muy en vivo Raimundo en el libro. Vivía en Siena un cierto Francisco de Tolomei el cual tenía de su mujer Rabe varios hijos. El mayor llamado Giácomo

llevaba una vida de perfidia. Campeón de la arrogancia y cruel como un veneno, era feroz incluso para los amigos. Una de sus hermanas, Ghinoccia, era bastante inclinada a los placeres del mundo. Había permanecido inocente más por el qué dirán que por temor a Dios. Cultivaba, sin embargo, la vanidad y embellecía y vestía su propio cuerpo de un modo descarado. Rabe, su madre, que era temerosa de Dios, fue a visitar a la santa virgen y le rogó que se dignase hablar un poco con sus hijas, en especial a Ghinoccia. Catalina aceptó feliz. Cristo se quedó tan grabado en el alma de Ghinoccia que despreciando todas las vanidades del mundo se afeitó el pelo, del que estaba muy orgullosa, y recibió con gran devoción el hábito de mantelata de Santo Domingo. El resto de la vida lo pasó, lo sé con certeza, entre meditaciones, santas plegarias y duras penitencias de las cuales alguna vez tuve que llamarle la atención.

Cuando llegó Giácomo de fuera y se enteró de lo que había pasado con su hermana prometió con furia hacer cosas terribles si no se quitaba el hábito. Rabe, la madre, intento calmar a su hijo para que esperase al menos hasta el día siguiente. Catalina, enterada de todo y puesta en oración, mandó que Fray Bartolomeo fuese a su casa. Sucedió la obra de Dios. Sin saber nadie por qué, confesó con dolor sus muchos pecados.

Para utilizar, dice Raimundo familiarmente, el modo de hablar de Catalina, vomitó todo el veneno que tenía en el alma. Cuando fueron a contarle a Catalina lo que había pasado se adelantó ella a contarlo a los que la iban a informar.

## Vida pública

En la actual Francia hay una ciudad que se llama Aviñón que en tiempos de Catalina pertenecía a los estados pontificios. El Papa Clemente V en 1309 traslada la sede papal de Roma a la ciudad de Aviñón, un poco lejos pero dentro de su territorio. El traslado tuvo inicialmente un carácter provisional motivado por la situación de inseguridad y caos en que se encontraba Roma inmersa en luchas e intrigas políticas. Siete Papas, sin embargo, se sucedieron en dicha ciudad hasta Gregorio XI (1370-1378) que decidió trasladarse a Roma.

Aunque este Papa era francés y todavía estaba bajo la fuerte influencia del rey francés, el conflicto creciente entre facciones amistosas y hostiles al Papa suponía una amenaza para los territorios pontificios italianos y para la fidelidad de la propia Roma. Además el papado estableció un embargo a las exportaciones de grano durante una época de carestía y peste que sentó muy mal. Florencia organizó a varias ciudades en una liga en contra del papado: Milán, Bolonia, Perugia, Pisa, Lucca y Génova. El Papa reaccionó duramente con excomuniones e interdictos.

Los florentinos enviaron una legación al pontífice de Aviñón en busca de conciliación y en ella incluyeron como pacificadora a Catalina de Siena cuya fama ya saltaba fronteras. Ella aceptó por el inmenso deseo que tenía de que el Papa volviera a Roma con la condición de que fuera acompañada por Fray Raimundo de Capua. Su intención más que la de arreglar contiendas políticas era influir en la vuelta del Papa a Roma. Partieron hacia finales de mayo de 1376.

El 20 de junio la santa se encontraba en la sala de audiencias delante del trono pontificio. La conversación con el Papa hubiera sido imposible sin intérprete porque él no entendía la amplia y musical jerga sienense en boca de Catalina. Raimundo de Capua, siempre a pespunte de

la mantelata, resolvió la cuestión. Gregorio no estaba desprevenido estaba bien informado de la pasión y amor por la Iglesia de Catalina. Vistas las cartas esperaba un torrente y así fue. Tenía el fuego de la santa delante de él, a sus pies, hablándole de la necesidad inminente de volver a Roma. Sentía el encargo en su corazón de urgírselo al máximo.

El Papa Gregorio XI, era de aspecto modesto y bajo de estatura. Revelaba alta alcurnia en sus gestos y en la cortesía de los modos. No era cobarde ni irresoluto sino un hombre que le venían anchas las grandes decisiones que le tocó tomar. Por eso siempre se movía con suma cautela. Ya llevaban muchos años los Papas en Aviñón, lo que hacía que Gregorio



se viera atado de pies y manos para tomar una decisión. Sería una exageración decir que muchos prelados de su entorno llevaban una vida disoluta pero algunos sí. Los apegos a las familias y ambientes eran muy fuertes. Toda una serie de figuras femeninas, madres, hermanas, cuñadas, sobrinas protestaba y desaconsejaba, y estaban luego las figuras de la culpa, es decir las amantes de prelados y

hasta de algún cardenal. ¿Cómo desarraigar a toda una corte, franceses la mayoría, de este mundo agradable y refinado para llevarlos a una lejana, desconocida e inhóspita Roma?

Las señoras de Aviñón se morían de ganas de tratar con Catalina. Sus frecuentes éxtasis atraían su curiosidad hasta el punto de pincharla en las carnes durante alguno de ellos para ver su reacción. Una sobrina del Papa, Elisa de Turenne, le traspasó un pie con un alfiler y Catalina ni se movió durante el éxtasis pero sí los días siguientes que cojeaba ostensiblemente. El don sobrenatural que tenía la santa de leer en los corazones le jugó alguna mala pasada a alguna de las señoras cotillas, porque les descubrió su situación, cosa que también le sucedió con el

mismo Papa. El Papa indeciso no se acababa de aventurar. En una de las entrevistas Catalina tuvo una palabra de conocimiento que fue decisiva. Le dijo al Papa: “¿No recuerda su Santidad la promesa que le hizo al Señor cuando aún era cardenal?” Había prometido efectivamente volver a llevar la sede de Pedro a la ciudad eterna. Las palabras de Catalina le removieron la conciencia y se dio cuenta de que el mismo Dios le estaba hablando. ¿Cómo iba a saber esa joven italiana de sus confidencias espirituales ya hacía años?

Pese a todo el Papa no se decidía. Las audiencias no eran fáciles de obtener ni siquiera para Catalina así que ella le escribía cartas sintiendo el Santo Padre que un don sobrenatural le cercaba. Catalina y su comitiva se marcharon de allí el 13 de septiembre. Ella sabía que el Papa ya estaba decidido. Catalina se fue a pie. El mismo día, 13 de septiembre, Gregorio XI se despidió de los cardenales, muchos de los cuales quedaron llorando. El anciano padre del Papa, el conde Guillermo de Beaufort, intentó hasta lo último retenerlo, echándose sobre el umbral de la puerta con gestos extremados. El Pontífice saltó sobre él y con su cortejo se dirigió a Marsella para embarcarse, mientras la ciudad de Aviñón quedaba hundida en la desolación.



El viaje no fue nada bueno. Vientos contrarios les obligaron a retroceder. Tanto fue, que al llegar a Génova después de mil dificultades y con las noticias de que Roma estaba amotinada el Papa celebró un gran consejo en el que la mayoría de los cardenales votaron por volver a Aviñón. Lo que no sabía la mayoría es que Catalina estaba allí. El Papa se trasladó de improviso al lugar donde residía Catalina. Fue sin acompañamiento, de incognito, vestido como un sacerdote cualquiera. El coloquio tuvo lugar en la estancia misma de la santa. Catalina, sofocada por la emoción, se postró delante del Vicario de Cristo, él la levantó y se pusieron a hablar. Lo hicieron hasta muy entrada la tarde. Los cardenales al día siguiente vieron un Gregorio diverso, resuelto, sereno. Ordenó que

las naves se dirigieran a Roma. Al cabo de tres días llegaron al puerto de Ostia desde donde el Papa cabalgando en una mula blanca, se dirigió a Roma con la mayor solemnidad. El pueblo, apaciguado ya, le acogió con gran cariño y alborozo. Toda la noche fue una fiesta y la Plaza de San Pedro refulgía con innumerables luces. Era el 17 de Enero de 1317.

## En la plenitud

Catalina volvió para su tierra pero ya nunca más disfrutó de un merecido descanso. La requerían de todas partes como pacificadora. Sus extraordinarios carismas en este sentido no conocían la derrota. Ahora era en Val de Orcia. Era una comarca terrible, poblada de ciudadanos amedrentados o convertidos en feroces a fuerza de ejemplos feroces, se



odiaban entre ellos porque el odio era ley, obedecían a los poderosos por interés o por temor y entretanto padecían hambre y frío hasta el punto de devenir siempre más enemigos de todo y de todos. Así nos narran la situación testigos del momento. También Catalina conocía estas miserias.

Las luchas entre familias y clanes eran terribles y las venganzas recaían también sobre los pobres campesinos que huían de sus casas. Recibió una invitación de una alta señora, Monna Biancina de los Trinchi, de una de las familias contendientes. Allí fue Catalina a poner paz. Este viaje tenía un alto carácter misionero. Logró poner de acuerdo a las dos cabezas enemigas de la camarilla de los Salimbeni, lo cual significó una victoria suprema. El nombre da Catalina se esparció como el viento. A su conjuro acudían de todas partes y, al recobrar la paz, volvían al Señor.

“He visto, escribió Raimundo de Capua, millares de hombres y mujeres descender presurosos de las cimas de las montañas, acudir de las

tierras circunstantes, como si respondieran al sonido de una trompeta misteriosa. Venían por verla, no pretendían que hablase, bastaba su presencia para pacificar las almas y moverlas a contrición. Yo fui testigo de la sinceridad de sus corazones y es evidente que una gracia extraordinaria obraba en sus corazones manifestándose en grandes curaciones” (R 239). Las confesiones eran tan continuas que los sacerdotes estaban extenuados. “Confieso y me avergüenzo, dice Fray Raimundo, que frecuentemente me sentía cansado y desanimado, más Catalina no interrumpía nunca su oración y su labor, feliz de atraer tantas almas a Dios. Es imposible describir su alegría, y nosotros, al verla, nos sentíamos tan consolados como para olvidarlo todo”(R. 240).



Pese a que el Papa Gregorio XI estaba al tanto de toda esta movida requirió al P. Raimundo de Capua para que se fuera con él a Roma. Allí lo retuvo haciéndole Prior del convento de la Minerva. Esto significó un duro golpe para Catalina. Tuvo la impresión angustiosa de quedar en soledad profunda sin el guía necesario de su alma. Así suele ocurrir con los santos: son gigantes en cuanto son también niños y, debido a la indigencia de éstos, requieren el sostén del confesor o directo. Por otra parte su gran carisma no suprime la debilidad de su encarnación. Catalina era pobre, analfabeta, muy joven; aclamada y, a la vez, muy criticada. Actuaba con el poder de Cristo pero en lo humano no se sostenía sobre sí misma. Además, como Santa Teresa necesitaba letrados a su lado, porque su espíritu le impelía a cosas que por ella misma no sabía discernir. La pérdida de un director con una conciencia moral y religiosa bastante más amplia que la suya le daba espacio para hacer muchas cosas que nunca hubiera hecho por sí misma. De este modo la partida de Raimundo

produjo un vivo dolor en el alma de Catalina, si bien, fue ella la primera en ayudarle a obedecer. Por estas fechas Catalina cumplía los treinta años.

De su nuevo estado de ánimo dan testimonio las cartas de aquella época, algunas a Raimundo. Siempre escribió mucho Catalina. El género epistolar se le dio bien, eso sí, siempre dictando porque no sabía escribir. Sin embargo se cuenta que una tarde, movida por un impulso irresistible al ver un bote de cinabrio, escribió de su puño y letra con ese tinte rojizo, una carta entera a Fray Raimundo. Después de esto escribió alguna más y partes del Diálogo. Algunas de las cartas de esta época ya son esbozos con gran profundidad de lo que sería después el libro del Diálogo.

La noticia llegó de Roma: el Papa Gregorio XI murió en la noche del 27 al 28 de marzo de 1378, a sus 46 años. Este hombre bueno y condescendiente, gran sufridor, murió dejando tras de sí una grave papeleta. La Iglesia le debe grandes cosas pero los intereses humanos que revoloteaban en su entierro eran augurios de densos nubarrones negros. El pueblo entero quería un papa italiano. No salió el que querían los romanos pero sí un italiano. Le eligieron los cardinales por unanimidad debido a su gran piedad, modestia y aversión a los abusos, en particular a la simonía pero, ya coronado, se mostró de carácter frío, rígido y displicente. Se puso el nombre de Urbano VI, si bien su elección no disipó la tormenta que se cernía en el horizonte.

En efecto otros cardenales, que aún permanecían en Aviñón y no habían acudido a votar, animados por la poca acogida internacional y la rígida actuación del nuevo Papa que no supo ganarse la confianza de casi nadie intentaron que abdicase. Catalina y muchos otros, a pesar de los modos y poca simpatía de Urbano VI, en un ejercicio de sinceridad de conciencia aceptaban la validez de la elección. Ella estaba convencida de que era el Papa legítimo y elegido por el Espíritu Santo. Le escribió varias cartas en algunas de las cuales le exhortaba a actuar con más caridad y menos protagonismo personal. Al fin el Papa se enemistó con muchos de los mismos cardenales que le habían elegido. Un solo cardenal italiano, Tebaldeschi, permaneció devoto del Papa, precisamente el que esperaba



el pueblo romano que hubiera salido. Este declaró el mismo día de su muerte que la elección había sido libre y válida.

El Papa, dejado sólo, contraatacó nombrando veintiséis cardenales nuevos. Los amotinados, sin embargo, consumaron su rebelión eligiendo a un nuevo Papa, que asumió el nombre de Clemente VII que fue aceptado por varias naciones. Era el 20 de setiembre de 1378. Se había consumado el cisma para prueba y largo sufrimiento de la Iglesia. Hay que notar que bajo ambos Papas hubo vida y brillaron varios santos que después fueron canonizados. Catalina y Vicente Ferrer, ambos dominicos, estaban bajo distinta obediencia y ambos fueron canonizados. A la muerte de Clemente VII (1394), el cardenal español Pedro de Luna fue elegido pontífice por 20 votos de los 21 y tomó el nombre de Benedicto XIII. No obstante, Francia se opuso a este nuevo papa de Aviñón que había mostrado no ser tan manejable como sus antecesores, y que además era súbdito de la Corona de Aragón, por lo cual resultaba difícil obligarle a mantener lealtad a la monarquía francesa. En 1398 Francia terminó por retirar su apoyo político y financiero a la sede papal de Aviñón y se presionó a Benedicto XIII para que renunciara, a lo que el antipapa se negó alegando un daño irreparable a la Iglesia. Curiosamente, esta actitud suya sería la que la historia recordaría, surgiendo el dicho popular castellano de *Siguió en sus trece*. El Papa español tuvo que huir y los cardenales franceses eligieron un nuevo papa por lo que durante algunos años hubo tres Papas. El cisma duró hasta el año 1418, cuarenta años, en el que el Concilio de Constanza destituyó a Benedicto XIII que se retiró recalcitrante a su castillo de Peñíscola.

En medio de tan gran marejada Urbano VI sentía necesidad del apoyo espiritual de Catalina de modo que por medio de Raimundo la invitó a venir a Roma. Para evitar suspicacias y críticas el Papa escribió un breve personal mandándola venir. Llegó a Roma con su grupo de gente el 28 de noviembre. Al día siguiente fue recibida por Urbano VI quien quiso que hablase a la curia pontificia incluidos los cardenales recién creados. Ella habló y entró al momento en el fondo de la cuestión. Fue al kerigma en directo: “¿Qué haría Jesucristo en un tiempo como el nuestro? Tiempo

de cisma, tiempo de desunión y persecución, tiempo de gran dolor, es decir, tiempo de pasión. Nuestra confianza debe ser puesta en la sangre de Cristo y con ella mantenerse más firmes que nunca”.

Fue todo un espectáculo la presencia de aquella joven y frágil mujer en medio de la asamblea más augusta de la tierra. La fila de rostros inclinados en grave meditación revelaba los sentimientos del Pontífice y de los purpurados. Cuando Catalina hubo terminado, Urbano hizo una glosa a su dialéctica directa: “Ved, hermanos míos, cómo nos hacemos despreciables a los ojos de Dios cuando nos dejamos intimidar. Esta pobre mujercita nos avergüenza, y la llamo así no por ella, sino por la debilidad de su sexo, que habría podido atemorizarla aun cuando nosotros hubiésemos estado llenos de valor, ¡y, en cambio, es ella la que nos anima!”. Por Navidad, Catalina le regaló al Papa cinco naranjas conservadas en miel, doradas, arregladas por ella misma y acompañadas de una carta llena de donoso simbolismo. Así como la naranja es de por sí amarga y fuerte, mas se deja dulcificar cuanto se quiera. Lo amargo de la vida se vuelve dulce cuando se vive desde la sangre de Cristo.

## El diálogo



Puede afirmarse sin exageración que la vida interior de Catalina la encontramos resumida en el libro del Diálogo. Tiene varios centenares de cartas, amplísimas, de literatura difícil y muy profundas pero toda su

doctrina pensamos que esta resumida en el Diálogo. Se llama así este libro porque se presenta en forma de coloquio entre Dios Padre y Catalina. Nos dice, de hecho Raimundo, que ella sólo dictaba cuando estaba en éxtasis y sus sentidos exteriores parecían muertos.

El que busque en el diálogo una construcción lógica y una serie de conceptos bien estructurados se va a defraudar. Es un coloquio místico abierto a cualquier detalle que surge y que aparentemente desvía y que obedece más a impulsos que a exigencias de la razón. Es uno de los libros que más necesitan del don del Espíritu para saborearlos e interpretarlos bien. Solo cuando sabes mirar desde esta luz, te das cuenta de que justamente la superación de cualquier preocupación sistemática revela la impronta sobrenatural del Coloquio.

Hablando en lenguaje llano podemos decir que existe bajo todo el escrito un esquema muy dominicano. En efecto hay una primera parte que va a la búsqueda de la verdad; una segunda que anuncia dicha verdad en Jesucristo como puente entre el cielo y la tierra y una tercera que ora y medita sobre la realidad que debe ser salvada. Su obsesión y casi tortura viene marcada por su deseo de la salvación del mundo y de la reforma de la Iglesia. Habla desde su tiempo y desde los acontecimientos que están pasando en ese momento. La experiencia de que Dios se humilla hasta revelar tantos secretos a un corazón pequeño como el suyo pone fuego de amor en sus palabras.

En los tres primeros capítulos de la primera parte habla de lo importante que es la expiación de los pecados propios. Ella piensa que todos los males del mundo vienen por sus pecados. Esta expiación se realiza mediante el deseo puesto que éste tiene mucho de infinito. Es la infinitud del deseo lo que da valor a cualquier acción finita de expiación. Es la infinitud del deseo, jamás agotado sino más bien potenciado y aguzado lo que constituye la dignidad y la grandeza del alma amante, operante, penitente. Todo deseo, le informa el Padre, al igual que toda virtud, vale y tiene vida en sí por Cristo crucificado, mi unigénito Hijo. No hay otra fuente de valor.

El amor expiatorio del sufrimiento viene, pues, del deseo y del amor. Para que surjan el deseo y el amor se necesita un gran conocimiento de sí mismo. La penitencia exterior no es el fundamento de la santidad sino el amor. La caridad para con Dios y el prójimo no se debe ejercitar sin la discreción. Esta es una palabra que ella aprendió de sus

propias exageraciones. Quería salvar al mundo destrozándose a sí misma y Dios la corrige: “Para llegar al perfecto conocimiento jamás te salgas del conocimiento de ti y una vez hundida en el valle de la humildad me conocerás a mí en ti. Te humillarás al descubrir que por ti no eres. Os he querido antes que fueseis y os creé de nuevo a la gracia lavándoos con la sangre de mi Hijo”. Dios se complace en los deseos de sufrir porque son expresión de amor.



Le dice el Padre con ternura: “Un remedio hay con el cual aplacaré mi ira. Son mis siervos si estos lloran y desean. Sus lágrimas y deseos arrancarán misericordia de las fuentes de mi divina Caridad. Vosotros, mis siervos, lavad con estas lágrimas la cara de mi Esposa. Yo te prometo que por este medio le será restituida su belleza”. Estas palabras llenaron de gozo y felicidad a la santa.

### **Jesucristo Puente.**

Catalina es una mujer que está preocupada por el momento que está viviendo la Iglesia. Quiere reformarla y busca soluciones. Una de ellas es la reforma del clero. También entonces necesitaban una nueva evangelización. Para ello entiende que es necesario un cambio espiritual. No bastan disposiciones y normas que no van a ser cumplidas por nadie. Es necesario recolocar la piedad y fundarla en la única verdad para que, al menos, aquellos que quieran y se les dé, puedan estar bien orientados. Para eso va a tratar una serie de puntos:

- a) Estado del mundo y obligación de orar por él.
- b) Jesucristo, puente único de salvación y única verdad
- c) Los tres escalones del puente
- d) desgracias y engaños de los que rehúsan pasar por él

Imagina el pecado de Adán como un río impetuoso que separó el cielo de la tierra. En la parte de acá desde entonces todo son males y desgracias. Dios ha sido tan bueno que para salvarnos ha tendido un puente por encima de esa impetuosa corriente. Ese puente es la gran oportunidad que se nos da para salvarnos pero debemos pasar por él, porque si no, permanecemos en nuestro pecado.

No es un puente horizontal, sino que sube en escalones, como el de Mostar, para entrar ya en directo por la otra parte. El puente es Cristo crucificado. Los que quieren subir por el puente se encuentran en el primer escalón con los pies de Cristo. En este peldaño se vive bajo la ley, se tienen buenos deseos pero no es suficiente para librarse del pecado. Hay que ejercitarse en la penitencia y en el dominio de sí. Conviene también meditar mucho en este estado para darse cuenta de la gravedad del pecado. Con ello se da un paso importante hacia la salvación.

El segundo peldaño es el corazón. Aquí ya se entra en el amor. El alma se llena de amor porque se siente amada. Lo que pasa es que las pruebas y tribulaciones son todavía capaces de enfriar este amor. Le dice el Padre: *los que están en este peldaño aflojan a veces en mi servicio cuando para sacarlos de la imperfección y ejercitarlos en la virtud retiro mis consuelos y permito en ellos combates y trabajos. Obro así para que vengan a un conocimiento perfecto de sí mismos y reconozcan que sin mi ni son ni pueden hacer nada.*

El tercer grado o escalón que corresponde a la intimidad de la boca es el del amor desinteresado de los hijos y amigos verdaderos. Estos ya son capaces de acoger los grandes secretos. La intimidad será muy grande. El alma aquí, *aun cuando siente que yo me retiro de ella no retrocede. Persevera con humildad en la práctica de las virtudes y permanece encerrada en la casa del conocimiento de sí misma. Y allí, llena de fe viva, espera la venida del Espíritu Santo que es fuego de caridad.*

Este tercer grado culmina con el amor al prójimo. *Yo os pido que me améis con el mismo amor con que yo os amo. Como esto es imposible porque yo os amé sin ser amado yo os ofrezco para que compenséis mi*

*amor a vuestros prójimos para que amándolos a ellos deis lo que no me podéis dar a mí.*

Quien no pasa por este puente tiene debajo de él, el río. El agua pasa y desaparece y viene otra nueva con lo que todo se torna inestable. Nadie puede andar o permanecer en ella sin ahogarse. Es muy difícil comprender la mentalidad del que voluntariamente se ahoga en el río. Para Catalina la alternativa justos o inicuos, salvados o réprobos continúa en mil modulaciones. El discurso del diálogo se hace vivo por el extraordinario interés. Es el Padre el que habla, es el Amor mismo que explica los inconcebibles abismos de la traición humana para después, indefectiblemente ofrecer el consuelo y la misericordia para que el alma se enamore y entre por el buen camino. *Reprocharé al mundano sus*



*injusticias con los demás pero, sobre todo, consigo mismo al haber creído que su miseria es más grande que mi misericordia. Este es el pecado que no se perdona ni aquí ni allá, pues por menosprecio no ha deseado mi misericordia. Este pecado es más grave para mí que todos los demás que cometió*

(Diálogo, 118, cap. 37).

### **Sangre, Sangre**

Alguno de vosotros se puede desconcertar ante muchas expresiones de Santa Catalina sobre todo en las referidas al esfuerzo, a las virtudes, a la penitencia, a la lucha contra el pecado. ¿Tiene algo de original? Vista desde nuestra actual teología de la gratuidad ¿qué nos puede ofrecer? Nos ofrece algo muy bello, a saber: cómo en cada época y en cada cultura el don de Dios que es lo único que santifica lucha por expresarse y formularse. Santo Tomás de Aquino, cien años antes había dicho que, a la perfección, no puede llegarse desde el ejercicio de las virtudes. Más allá de éstas se necesitará la acción de los dones del Espíritu Santo. El paso de

las virtudes al don no es automático. Son dos niveles infranqueables. La santidad le pertenece a Dios y es gratuita; nadie la puede merecer. El que se quede en un ejercicio perfecto de las virtudes será un gran hombre pero no un santo. La santidad solo sucede en el nivel del don, con la acción gratuita del Espíritu Santo la cual está reservada a los pequeños y sencillos.

Santa Catalina es una pequeña y una sencilla, tanto como lo pudo ser Teresita de Lisieux, pero del siglo XIV. Toda su vida la vivió a nivel de los dones del Espíritu de una manera altísima pero las formulaciones de la época no la ayudaron nada. Era una época dura, de pestes, de culpabilidad



de flagelación. Todo el mundo clamaba por la perfección y la reparación para librarse de los castigos de Dios. ¿Podéis imaginar a una mujer que ha visto morir en pocos meses a media ciudad de Siena y a gran parte de su familia? Sólo por la

acción del Espíritu Santo no se crearon en ella graves heridas. Ni los grandes directores que la rodeaban pudieron darle demasiada luz porque tampoco ellos la tenían. Se había olvidado la claridad de Santo Tomás.

Sin embargo, detrás del ropaje de la época yo la veo niña y sencilla abierta totalmente a Dios. La revelación de la sangre es una revelación de total gratuidad. Si invocas a la sangre, si vives de ella, si te bañas en ella, tu salvación no puede estar en ti, ni en tus esfuerzos, ni en tus virtudes; está en ella, está en la humanidad de Cristo y en su amor por nosotros. Sangre, sangre: estas fueron las últimas palabras que pronunció la santa en este mundo. Con ellas Dios le decía que todo era gracia, que todo era don. Decía a su confesor Raimundo: *Anegaos, pues, en la Sangre de Cristo crucificado, bañaos en la Sangre y vestíos con la Sangre. Si habéis sido infiel, rebautizaos en la sangre; si el demonio os hubiese ofuscado los ojos de la inteligencia, laváoslos con la Sangre; si hubieseis caído en la ingratitud por los dones recibidos, agradecedlos en la Sangre; si fueseis*

*pastor vil y sin el cayado de la justicia, temperada por la prudencia y la misericordia, sacadlo de la sangre... Diluid en la sangre la tibieza y caigan las tinieblas en la luz de la Sangre, para que seáis esposo de la verdad y verdadero pastor y gobernante de las ovejas que se os han confiado...* (Carta 189).

Al recomendar a Raimundo que se despoje de toda criatura y que no ame a ninguna sino desde Dios le dice en la misma carta: *Así como os lo aconsejo lo haré yo en la medida en que me lo conceda la gracia divina. Quiero vestirme con la Sangre y despojarme de toda otra vestidura que me hubiera propuesto como fin hasta ahora. Yo quiero Sangre; y en la Sangre satisfago y satisfaré a mi alma. Estaba engañada cuando buscaba la satisfacción en las criaturas... Quiero acompañarme con la Sangre y así encontraré la Sangre y las criaturas, y beberé su afecto y su amor en la Sangre.*

## **Todo está cumplido**

La historia trágica de la Iglesia no abandonó a Catalina hasta que dio el último suspiro. Dios quiso que muriera inmolada, diluida decía ella, sobre el cuerpo lacerado de la Esposa de Cristo. Los acontecimientos políticos no le dieron reposo a su alma. Cuando Roma quedó liberada de la presión francesa todo parecía ir bien. Pronto, sin embargo, olas de rebeldía cruzaron de nuevo la ciudad. Catalina en plena conciencia de tal situación ofrece de nuevo su vida al Señor por su cuerpo místico.

La temida revuelta de los romanos tiene por fin lugar en aquellos días pero se resuelve como en la más inimaginable ficción de una comedia griega: Frente al pueblo enfurecido que asalta el Vaticano, Urbano VI manda abrir el portón de par en par. Cuando la horda tumultuosa penetra en la gran sala, se encuentra ante el papa vestido con ornamentos solemnes quien ofrece a su furia el pecho descubierto. Tal visión vence a los más fanáticos, la turba cae de rodillas, y por este acto extraordinario es domada la insurrección. ¿No estaría la oración de Catalina detrás de todos estos comportamientos?





Ella todas las mañanas sale de la Minerva, pasa por delante del Panteón, y por la vía Santa Lucía accede al puente Santangelo y atraviesa el rio. Por las callejuelas del Borgo llega a la basílica y ora sin fin sobre la tumba del apóstol. Esta era la suprema expresión de su felicidad. En San Pedro la ven un día sus discípulos abatirse como bajo un enorme peso: ha sentido caer sobre sus espaldas la navecilla de la Iglesia como si ella debiera llevar su carga. Caee desmayada sobre el pavimento y cuando se recobra guarda en sí la conciencia siempre más clara de que su participación deberá ser consumante. Es pues el deseo consumidor de la salvación de la Iglesia el que sostiene y da substancia a la oración, la voluntad, la esperanza y la acción de Catalina.

Entretanto las noticias de que la “Mamma” se ha agravado llegan a Siena. Su antiguo confesor Bartolomé Domenici llega a Roma y cuando la encuentra tendida en su yacija hecha de tablas, tiene la impresión de que está en un sarcófago.

-Madre mía, ¿Cómo estás?

Cuando le reconoce –es él mismo quien nos lo cuenta- trata de mostrarle su alegría pero no puede hablar. Él se ve obligado a acercarse a sus labios y oye esta respuesta:

-Todo va muy bien gracias a la misericordia de nuestro Salvador.

A la mañana siguiente, día de Pascua, Domenici celebra la Misa en la estancia de Catalina. Permanece inmóvil hasta la comunión. Entonce se levanta, llega hasta el altar sin que ninguno la sostenga, se arrodilla con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho y en esta posición recibe la comunión. En un momento, acto seguido dice a sus discípulos reunidos allí en gran número: Estad ciertos que si yo muero, la sola causa

de mi muerte es el celo que me devora y me consume por la causa de la Santa Iglesia; yo sufro con gusto por su liberación y estoy pronta a morir por ella.

Según van pasando los días se agrava su situación. Todos lloran en torno. Un gran número de discípulos la rodean, con su madre Lapa a la cabeza. Catalina dice a su madre:

*-Pide a Dios que me de la fuerza de ser buena, de no rebelarme, de no ofenderlo jamás.*

El peligro era ese: no aguantar y pecar por rebelión... Lapa se espanta de esto mucho más que del dolor en sí y por sí. Lo mismo le pasa a Aleja, Cecca, Lisa, Juana, Juan Terzo, barduccio, esteban... que están en la misma condición de espíritu. La agonizante los siente unidos en un mismo acto de ofrenda y con sus voces y sus almas cumple el acto extremo de fidelidad a la Iglesia que es rogar por el papa. Poco después añade estas palabras:

*-Padre, tuyos eran y tú me los diste, y yo ahora te los devuelvo. Tú, Padre eterno, gobiérnalos y protégelos, y te ruego que ninguno me sea arrebatado de las manos.*



Todavía dice: *Señor, tú me llamas a ti y yo voy no por mis méritos sino por los méritos y virtud de la preciosísima sangre.*

Este desahogo de gratuidad le infundió confianza y acto seguido, expirando, repitió varias veces: *Sangre, Sangre.... Padre a tus manos encomiendo mi alma...* Era la hora de sexta del domingo 29 de abril de 1380.

**Abril 2013- Chus Villarroel O. P.**

**Post Data:** Se echa de menos en el momento de su muerte a Fray Raimundo de Capua. Estaba en una misión que le había encomendado el papa ante el antipapa de Avignón, Clemente VII. Tanto él como varios legados habían desertado ante el inminente peligro de muerte al que se exponían. Los soldados de Clemente detuvieron al Beato Raimundo en la frontera. Felizmente logró escapar con vida y volvió a Génova, donde recibió una carta de santa Catalina, que estaba muy desilusionada por su fracaso. El papa Urbano le escribió que tratase de llegar a Francia por España, pero no lo consiguió. Santa Catalina le escribió otra carta, en la que le reprochaba duramente lo que ella consideraba una cobardía. Hallándose en Pisa el 28 de abril de 1380, «oyó una voz que no tenía sonido y cuyas palabras llegaban a su inteligencia sin pasar por sus oídos.



La voz le dijo: *Dile que no se desaliente. Yo estaré con él en todos los peligros y, si fracasa, yo le ayudaré nuevamente.* Pocos días más tarde, el beato se enteró de la muerte de Catalina y supo que había dicho exactamente las mismas palabras sobre

él a quienes la rodeaban en su lecho de muerte. El P. Raimundo tomó a su cargo la “familia” de la santa, que se componía de un reducido número de clérigos y laicos que le habían ayudado y apoyado en todas sus empresas, y continuó trabajando ardientemente para poner fin al cisma.

En el pentecostés del mismo año 1380, pocas semanas después de la muerte de Catalina, fue elegido maestro general de los dominicos partidarios del papa Urbano, permaneciendo en el cargo 19 años hasta su muerte. El beato se consagró seriamente a restaurar el fervor, que había decaído mucho a causa del cisma, de la peste negra y de la debilidad

general. En particular se esforzó por rejuvenecer el aspecto propiamente monástico de la orden y para ello estableció cierto número de conventos de estricta observancia en varias provincias, con el objeto de que su fervor influyese en el conjunto. La reforma no tuvo un éxito completo, y se han reprochado a Raimundo de Capua las medidas que tomó, porque tendían a modificar y disminuir la importancia intelectual de los dominicos. Pero hay que decir que tales medidas produjeron una serie de varones de Dios y, no sin razón, se le ha llamado “segundo fundador de la orden”. Otra parte del plan del beato consistía en difundir la Orden tercera por todo el mundo. En esa empresa le ayudó mucho el P. Tomás Caffarini, a cuyas instancias debemos que Raimundo de Capua haya terminado la biografía de santa Catalina. Además, en sus años mozos, cuando tenía menos trabajo, había escrito una vida de otra gran dominica, Santa Inés de Montepulciano. Murió en Nüremberg el 5 de octubre de 1399, cuando se hallaba trabajando por la reforma de los dominicos en Alemania. Fue beatificado en 1899.